

Salvador Elizondo: las cuatro décadas de Farabeuf

Cuatro décadas han pasado desde que Salvador Elizondo publicó *Farabeuf*, una novela difícil de ubicar dentro de la literatura mexicana. La extrañeza que causó este título fue tanta que más tarde el crítico Luis Mario Schneider llegó a decir que *Farabeuf* era “la primera novela escrita en México que no participa en absoluto de lo mexicano”.

“Cuando escribí *Farabeuf* era un joven común y corriente, mexicano, cosmopolita, educado en diferentes lugares del mundo, atormentado, casado y con los problemas naturales de la vida. En ese entonces me gustaba mucho el cine”, recuerda Elizondo en su casa de Coyoacán.

Hoy se siente extraño ante este nuevo siglo al que ha llegado y del que ya no conoce casi nada. Desde hace años decidió el camino del anacoreta: encerrarse en su casa y no salir más a la calle, sino dedicar sus horas a escribir los pensamientos que se le ocurren, en diversas libretas que lleva consigo o tiene en su dormitorio.

En enero de 2004, debido al cáncer, le fue quitado el maxilar y sustituido con su propio peroné, lo que anuló aún más su contacto con el mundo, pero con motivo de los cuarenta años de *Farabeuf* decidió abrir las puertas de su casa y platicar sobre esta novela.

“Es difícil volver a aprender a masticar y a caminar”, dice el narrador, sentado en el corredor de su casa, su sitio favorito, desde donde contempla el amplio jardín de verde pasto.

A su lado está la fotografía Paulina Lavista, su esposa. También sus infaltables cigarrillos y una botella de whisky Black & White.

—¿Qué le atormentaba cuando escribió Farabeuf?

—Lo mismo que atormenta a todos los jóvenes a esa edad, que no saben por dónde ir. Eso. No estaba seguro.

—Pero esta novela...

—¡Farabeuf no es novela! —ataja—. Quiero aclararlo. Novela es algo como *Madame Bovary* o *Crimen y castigo*. Éste nada más es un libro para leer.

—Pero en este texto buscaba concretar en un solo instante...

—¡No! —vuelve a atajar la pregunta—, eso es una invención del editor. Eso de la crónica de un instante. Se lo puso para que no creyeran que era un libro sobre medicina.

—¿Es una "novela" de amor en su más extrema pasión que es el horror?

—No sé cómo definirla. Usted ya la define en los términos de Juan Vicente Melo. Yo no puedo agregar nada a eso. Para mí fue la acción de escribir, nada más, algo catártico: sacar fuera lo que estaba adentro.

—¿La imagen de la tortura china lo llevó a escribir la novela?

—Esa imagen y las ilustraciones del tratado de las amputaciones del doctor Farabeuf fueron importantes para que yo pudiera expresarme. Vi la imagen durante muchos años y la anoté aquí —dice tocándose la cabeza—, luego conjunté las imágenes del libro de Farabeuf y las imágenes de la fotografía de la tortura china, nada más.

—Este libro es un mentís a los afanes civilizatorios del hombre...

—No. Yo considero que la china es una de las más grandes civilizaciones que hay en el mundo. Y esa imagen es una gran vacilada en comparación con lo que hacen los americanos...

—Porque podría parecer muy cruel...

—Parece muy cruel, pero es un signo, es un ideograma.

—¿Evidencia la hipocresía de la civilización actual?

—Yo no me ocupo de eso. Nunca me lo planteé de esa manera. Nunca me interesó la civilización humana ni esas cosas.



ENTREVISTA **SALVADOR ELIZONDO** • Escritor

‘ESCRIBO MUCHÍSIMO PERO NO POR DINERO’

Encerrado desde hace años en su casa de Coyoacán, el autor accedió a dar entrevistas ante el homenaje por los 40 años de la publicación de “Farabeuf”

Jorge Luis Espinosa

Cuatro décadas han pasado desde que Salvador Elizondo (1913) publicó *Farabeuf*, una novela difícil de ubicar dentro de la literatura mexicana. La extracción que causó este título fue tanto que más tarde el crítico Luis Martín Schwobler llegó a decir que *Farabeuf* era “la primera novela escrita en México que no termina en absoluto de la producción”.

“Cuando escribí *Farabeuf* era un joven comunista y comunista me ataron, comunistas, reducidos en diferentes lugares del mundo, internamientos, caudal y con los problemas naturales de la vida. En esos entonces, me gustaba mucho el cine” recuerda Elizondo en su casa de Coyoacán. Hoy se siente extraño ante este nuevo siglo al que ha llegado y del que no conoce nada. Desde hace años decidió el espíritu del escritor, encerrarse en su casa y no salir más a la calle, sino dedicarse a escribir que lleva consigo o tiene en su corazón, en diversos momentos.

En entrevista de novela, se preguntó al personaje para manifestar el modelo. Al que simuló una más ostentosa con el mundo, pero con motivo de la celebración que el Fondo de Cultura Económica (FCE) organiza por los 40 años de *Farabeuf*, el autor decidió abrir las puertas de su casa y plantar sobre esta novela.

“Es difícil volver a escribir a manifestar y a cambiar” dice el autor, señalado de ser el creador de su caso, su sitio favorito, desde

donde contempla el amplio jardín.

“A su lado está la fotógrafa Paulina Lavitza, su esposa. También sus volátiles cigarreros y una botella de whisky “Black and white”.

“¿Qué la atormentaba cuando escribía “Farabeuf”?”

“Lo mismo que atormenta a todos los escritores a esa edad, que no saben por dónde ir. Eso. No estaba seguro.”

“¿Para esta novela...”

“¿Farabeuf? Yo no conocí al título... Quiéreme aclarar. No sé en algún caso Maslow, Bion, Freud o Freud y surgen. Estoy cada día en un libro para leer.”

“¿Pero en este texto buscaba conectar un solo instante...”

“Sí... ¿o qué quiere la pregunta... Ese subtítulo de “Cristina de un instante” fue una invitación del editor. Se lo pido para que no creyera que era un libro sobre medicina.”

“¿“Farabeuf” es una novela del amor en su más sublime manifestación?”

“No. Como literatura, como la del amor en los términos de Juan Verónica. Yo no puedo agregar nada a eso. Para mí fue la acción de escribir, nada más, una carreta, tirar de carreta afuera lo que estaba adentro.”

“¿La imagen de la barata china fue determinante?”

“La imagen y las ilustraciones del actor Farabeuf fueron importantes para que yo pudiera

expresarme. Ya la imagen durante muchos años y la monté, aquí —dice tocándose la cabeza—. Luego concluí las ilustraciones del libro de *Farabeuf* y las imágenes de la fotografía, de la tortura china, nada más.”

“¿Es una imagen terrible, cruel...”

“Parece muy cruel, pero en un signo, es un ideograma. China es una de las más grandes civilizaciones y frente a las atrocidades de los americanos, hay poco que decir.”

“¿Entonces esa hace evidencia actual?”

“No no me ocupó de eso. Nunca me lo plantó de esa manera. Nunca me interesó la civilización humana ni esas cosas.”

“¿Qué le interesaba o qué le interesa ahora?”

“Poder seguir escribiendo igual que entonces. Siglo después. Escribo mucho, pero no lo hago para ganar dinero ni ser famoso ni para nada de eso.”

“¿Sigue con sus diarios?”

“Llevo tres cuadernos. Uno para la tarde. Este que llevo es el alburgo es el “vademécum” y lo tengo después conmigo. Al escribir en él lo que se me ocurre en cualquier momento. Pero tengo otro cuaderno en la noche, grande, donde llevo mi diario.”

“¿Y qué escribe allí?”

“Mis impresiones, lo que se me ocurre. No tengo ningún propósito al escribir.”

“¿Qué le preocupa y ocupa hoy?”

“Me ocupa nada más estar aquí sentado y ver lo que pasa. No puedo hacer otra cosa. Me preocupa mucho el futuro de México, del año 2005 creo será apocalíptico para este país.”



REFLEXIÓN
Salvador Elizondo manifiesta su poco interés por lo que sucede en el mundo, y de México que vive en él. En el año 2005 será apocalíptico.

diferenciar que era un periódico.

Luego se puso de marcha.

“¿Cuál es su milésimo favorito?”

“Braxator. La cuarta y octava novela, pero no hay manera de otra.”

“¿Pintar?”

“El pintor, pero nunca he pintado. Eso me produce un rencor contra los que sí la tenían, como Leonardo da Vinci, Ja. Ja. Ja. Yo sólo hago dibujos.”

Paulina Lavitza accede que él nunca abandonó esta actividad. Sus cuadernos están llenos de dibujos. “¿Por qué?”

“¿Por qué? Porque el FCE y todas sus demás obras fueron en latifundios chinos los motivos de sus diarios.”

Un escritor desconocido

Para muchos críticos *Farabeuf* que este mes cumple cuatro décadas de haber sido editado por Joaquín Mortu, resultó “desconocido” por el entonces, el 1965 y el lector que de ahí se desprende. De hecho, en 1960 Juan Verónica Meibohm le

agració de esta novela del autor en su más extrema manifestación: “la del destino de la tortura, la del emocional del terror...”

La novela tiene como eje el núcleo de “Los cien pedales”, una profecía en China, donde la víctima era públicamente desollada y descuartada. Los personajes de *Farabeuf* se encargarán de revelar esta tortura en una casa de París y otros escenarios.

Pero el motivo de estruendo y desconcierto ante *Farabeuf* no sólo era por el tema, sino también por esa forma de narrar, esa “aveces, algunas” y “por qué” que a él se le atribuye el gusto por la forma retórica y la formalidad epigramática como escritores del Octavio Paz.

De allí en adelante *Farabeuf* mantuvo sus obsesiones y a lo largo de su trayectoria con él, como siempre, como si él mismo, el autor, el héroe secreto y el protagonista, como una china, que el Fondo de Cultura Económica (FCE) ha decidido, ha publicado *Farabeuf*.

Cortesía: *El Universal*.





—¿Qué le interesaba o qué le interesa ahora?

—Seguir escribiendo igual que entonces. Sigo escribiendo. Escribo muchísimo, pero no lo hago para ganar dinero ni ser famoso ni nada de eso.

—¿Sigue con sus diarios?

—Llevó tres cuadernos. Uno para la tarde. Este que traigo en el abrigo al que llamo el vademécum y que llevo siempre conmigo. Escribo con lápiz lo que se me ocurre en cualquier momento. Y el tercero es el cuaderno de la noche, grande, donde llevo mi diario.

—¿De qué escribe ahora?

—Mis impresiones, lo que se me ocurra. No tengo ningún propósito al escribir..

—¿Qué le preocupa y ocupa hoy?

—Me ocupa nada más estar aquí sentado y ver lo que pasa. No puedo hacer otra cosa. Me preocupa mucho el futuro de México, el año 2006 creo será apocalíptico para este país.

Un erotismo desconcertante

Para muchos *Farabeuf*, que este mes cumple cuatro décadas de haber sido editado por Joaquín Mortiz, resultó “desconcertante” por el erotismo, el horror y el sadismo que de ahí se desprende. En 1966 Juan Vicente Melo celebraba la aparición de esta novela del amor en su más extrema manifestación: “la del éxtasis de la tortura, la del ceremonial del terror..”

La novela tiene como eje el suplicio de “Los cien pedazos”, una práctica en China, donde la víctima era públicamente desollada y descuartizada. Los personajes de *Farabeuf* se encargarán de recrear esta tortura en una casa de París y otros escenarios.

Ahora, el motivo de extrañeza y desconcierto ante *Farabeuf* no sólo procedía del tema, sino también por la forma en que se narraba, ese “amor exigente por la perfección, el rigor y la



soltura, el gusto por la forma nítida y la fantasía especulativa”, como escribiera Octavio Paz.

De ahí en adelante Elizondo mantuvo sus obsesiones y, sobre todo, su exigencia con el lenguaje, como se advierte en títulos como *Narda o el verano*, *Elsinore*, *El hipogeo secreto* y *El grafógrafo*, entre otros títulos que el FCE ha reeditado, incluido *Farabeuf*.

—¿Cuál es su conexión con el mundo exterior?

—Ninguna. Lo aborrezco. De la puerta para afuera el mundo no me interesa ni para hacer nada en él.

—¿No ve televisión?

—No.

—¿Periódicos?

—Sí. Los encabezados, porque la letra menuda no la puedo leer.

—¿Libros?

—Ya no. Considero que ya leí los que debía leer. Leo a veces poemas breves, pero nada más.

—¿Música?

—No. No la soporto. Ya no tocan en la radio música que a mí me guste.

—¿Mahler?

—¡Noooooo! Mahler. Me acuerdo que cuando tenía veintidós años estaba entusiasmado por Mahler y llegué a la casa de unos melómanos. Les comenté mi entusiasmo por Mahler y todos me mandaron a la chingada. Me dijeron que era un pendejo. Luego se puso de moda.

—¿Cuál es su músico favorito?

—Bruckner. La cuarta y octava sinfonías, pero no hay manera de oírlas.

—¿Pintura?

—Fui pintor, pero nunca tuve talento. Entonces siempre sentía rencor contra los que lo tenían, contra Leonardo... Yo sólo hago dibujitos.

Paulina Lavista acota que nunca ha abandonado esta actividad. Sus cuadernos están llenos de dibujos. El dibujo de la por-

tada de *Farabeuf* del FCE es de él. Todos los libros de Elizondo publicados por el Fondo llevan en sus portadas algunos de sus dibujos tomados de sus diarios.

Los diarios

—¿Sus diarios se podrían publicar en el futuro?

—Eso depende de los que vengan después. Yo no podría juzgar. Tengo como cien cuadernos. Los escribo desde que tenía diez años.

“Cada año compra uno, le pone una fecha y dibujo”, precisa Paulina Lavista.

—Lo único que hago es escribir. La escritura es mi medio de expresión. Mis interlocutores son todos imaginarios. Yo los invento.

—*El doctor Farabeuf es uno de estos interlocutores.*

—Nunca he hablado con él. Ni sé nada de él. Es nada más un nombre.

—¿Ve películas?

—No sé nada de eso desde 1980. No me interesa el cine. Ni he vuelto a ir al cine.

—¿Cómo ha sido vivir en este mundo?

—Maravilloso, aunque el mundo se descompuso en el siglo XXI, en que sentí que ya no pertenecía a él.

—¿Y vivir en México?

—Ha sido maravilloso. Es el mejor país que hay. Y eso que he vivido en París, Roma, Londres, Nueva York, Los Ángeles. Me gusta su comida, pero no puedo comerla ya y es muy complicado hacerla. La sirvienta no sabe hacerla.

—¿Y la literatura mexicana?

—La de ahora no. La del siglo pasado sí. Algunas cosas como la poesía. Al que más admiro es a Juan Rulfo por su genio, y a Martín Luis Guzmán.

—¿Poetas?

—Todos, desde Salvador Díaz Mirón hasta Salvador Novo. Me gusta Gorostiza, pero con él me pasa un fenómeno raro: ahora me gusta mucho más un libro suyo, chiquitito, *Canciones para cantar en las barcas* que *Muerte sin fin*, que es un poema demasiado ambicioso. De Novo el que más me gusta es *Epifanía*.

—¿Cuál ha sido su experiencia de la enfermedad?

—Ahora sufro las consecuencias de una operación quirúrgica que me hicieron en 2004, la pérdida del peroné y la sustitución del maxilar. Es difícil volver a aprender a masticar, a caminar... ya es muy tarde.

—¿Toda escritura, todo arte se hace frente al ventanal de la muerte?

—No. El ventanal de la muerte no solamente ya lo vi, sino que lo traspasé y no hay nada. Ése es el chiste: no hay nada. No hay ángeles ni demonios ni nada de eso. No hay nada, ¡nada! Ésa es mi experiencia de la muerte. Si hay algo será muy divertido y bienvenido, incluso el infierno.

—Si ya la conoció, entonces ya no hay miedo.

—Conocí la nada. No sé si la muerte sea diferente a la nada. Pero no tengo miedo. Tengo miedo, por ejemplo, de que me caiga una viga en la cabeza, como podría pasar aquí en la casa, algo accidental, pero a la muerte no le tengo miedo.

—Finalmente lo que sobrevive son los libros. ¿Ésa es su herencia?

—También se acaban. Por eso le preguntaba si usted sabe quién es Sully Prudhomme. Nadie sabe. Fue el que recibió el Premio Nobel en el año 1901, poeta francés.

—¿Sigue pensando que los dos extremos de la literatura son El Quijote, de Cervantes y el Ulises, de James Joyce?

—Sí. Todo lo que pienso lo sigo pensando. No puedo cambiar.

—¿Farabeuf es hijo de la neurosis como le dijo a José Agustín en una entrevista que le concedió hace ya muchos años?

—Es una pregunta difícil de contestar. En esa época yo bebía mucho y siempre padecí de tensión nerviosa, que durante un

tiempo no se manifestó más que en forma de escritura. Estuvo presente hasta que tuve sesenta años. Era una enfermedad terrible. Desde los diecisiete años hasta los sesenta padecí migraña, neurosis. La tensión nerviosa derivaba en migraña.

— *Y el cigarro, el tabaco...*

— Es un gran compañero, como el whisky.

El Universal, *noviembre de 2005.*